

TRIBUNA ABIERTA

Yo pregunto



POR ANTONIO NARBONA

¿No es hora de aparcarse el exceso de estimación de lo propio y de empezar a sentirnos satisfechos por hablar cada vez mejor, que sí requiere energía y ánimo sin descanso?

CON sólo teclear 'colegio-Pablo Motos', o algo parecido, accederán a un video «viral» en que dos escolares de la localidad cordobesa de Montoro (es de suponer que asesorados por sus profesores), en un tono «declamatorio», critican a ese famoso presentador de televisión por haber afeado la dicción de un conocido humorista malagueño, al que pide que «hable en perfecto castellano, con todas las eses» (me he reído con la ocurrente reacción de uno de Los Morancos, presentes en el programa: «las eses [heces], las hemos dejado fuera»). Ya en otra ocasión había preguntado a un sevillano —conductor, en otra cadena, de un concurso de no menor audiencia— si iba a suavizar su acento, a lo que el interpelado respondió que no, pero trataría de «articular más».

La verdad es que los niños de la grabación no pasan de una vaga alusión al seseo y a las varias maneras de resolver la -s en posición final o implosiva, todas, por cierto, practicadas por la vicepresidenta Carmen Calvo, también de Córdoba, al exponer, en una entrevista radiofónica, su opinión sobre el borrador de la 'Ley [para la igualdad real y efectiva de las personas] trans' elaborado por sus socios de Gobierno: *nuclear, suh derecho, unoh colectivo, máh, riehgo...*, pero también resto, es, *estabilidá...*, con su -s. En seguida pasan 'al ataque', pero se olvidan por completo de la oralidad y se limitan a airear la omisión de tildes en tuits de los responsables del programa: *aquí, ul-tima, también, paseis...*

Y con tan exiguo bagaje, tratan de convencernos de lo siguiente: a) los andaluces que sesean (de los que cecean o no pronuncian —no pronunciamos— de igual modo cima y cima, que son —somos— más, ni media palabra) son los hispanohablantes más avanzados, innovadores y modernos; b) nadie «economiza» más que ellos, como se pone de manifiesto al comparar se ha acabado con *sacabao* y en casa de la abuela con *ancalagüela*.

¿Es que no saben que seseantes son la inmensa mayoría de los aproximadamente 600 millones de hablantes de español? ¿O que *to, pa y ná*, que reducen a la mitad la sustancia fónica de todo, para y nada, se oyen igualmente fuera de Andalucía? Además ¿por qué entusiasmo tanto los acortamientos como el 'derroche', como en *venacápaca* 'ven (aquí)'? Se considera que afirmar contundentemente con tres negaciones (*¡no ni ná!*) es un recurso andaluz extraordinario. Pero, ¿no se logra en todas partes algo no muy distinto con dos, una o ninguna: *¡no habla ná(da)!, ¡anda que no se lo he dicho veces!, ¡tendrás queja de mí!*?

Algo tiene que ver con todo esto el hecho de que sobre el habla andaluza todo el mundo opina sin que se le exija otra credencial que una de-

clarada voluntad de airear («poner en valor» se dice en el argot político) su riqueza (léxica, sobre todo) o/y el firme propósito de dignificarla, rebelándose contra la marginación que ha sufrido y sigue padeciendo.

No sé si más de medio siglo dedicado a su estudio es carta de presentación suficiente, pero, al menos, me da derecho a seguir planteando preguntas ¿Por qué, según algunos, los andaluces son los que mejor hablan español, y otros, en cambio, piensan que lo hacen *mu má*? Si tanto los segundos —que llegan a referirse a un complejo de inferioridad— como los primeros —que, si no 'supremacistas', se sienten orgullosos de su andaluz— reconocen que hay fenómenos que no gozan de aceptación, como, por ejemplo, pronunciar [*cenzó*] tanto censor como sensor; y si muchísimas de las expresiones que llenan los vocabularios regionales, comarcales o locales, no son empleadas (bastantes de ellas ni conocidas) por casi nadie (o por unos pocos en algún punto concreto: *candié, archipierres, apechusques...*) ¿en qué se basan tales creencias generalizadas que, además, resultan incompatibles?

No, no es fácil comprender que de la forma de expresarse de los andaluces se destaquen voces de las que nadie se sirve y rasgos fonéticos que no gozan de prestigio. Sobre todo, porque no he oído nunca a nadie (tres términos negativos que



ABC

no afirman, tampoco los dos de no habla nada) ufanarse en serio de hábitos articulatorios como la caída o aspiración de las -s finales y el ahorro de unos cuantos sonidos («se los comen»), o, mucho menos, de decir *zarza* (para salsas), *arcarde, mushasho*, etc. Pero el que esto sea así incluso entre los que los practican no debe llevar a condenar la pronunciación 'andaluza'. Como no hay que estar en contra de las expresiones peculiares, si no se utilizan «fuera de lugar» social y contextualmente.

¿No es hora de aparcarse o atenuar el exceso de estimación de lo propio (eso es el orgullo), cuya adquisición y práctica no exigen esfuerzo especial, y de empezar a sentirnos —con razón— satisfechos por hablar (bastante más que pronunciar y airear expresiones supuestamente 'propias') cada vez mejor, que sí requiere energía y ánimo sin descanso?

No más preguntas. Por hoy.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

